

La justicia

Haz lo que quieras...

Rabelais

Con las antorchas iluminadas, la terrible puerta de la ciudad se vislumbra más terrible. Sobre su bruñida superficie de bronce se ha tallado la palabra DIN. Esa palabra, de un idioma muy antiguo, significa "justicia", pero al igual que muchas otras, tiene un mensaje ambiguo. También significa "severidad". Con la sangre de cada prisionero ajusticiado, se repasan las letras para que conserven ese color rojo refulgente que hace la entrada a la ciudad tan temible. Temible, especialmente para quienes hemos caído en la desgracia: mi madre y yo, viajamos en la odiosa carreta que lleva a los acusados al tribunal de justicia. Manché mis manos de sangre y eso en esta ciudad se paga con la vida.

Viajo de pie, pues no hallo paz para estar sentado, aunque tengo esperanza de obtener misericordia. Tuve la dichosa oportunidad de ser educado por un maestro que me enseñó a confiar en los seres humanos, pero mi madre ríe con tristeza (ella que siempre fue una mujer alegre) y repite la misma frase: "eres tan joven". Hace dos meses cumplí catorce años.

Trato de tener bien claro cómo sucedieron las cosas, aunque saberlo sea siempre tan difícil. El recuerdo que no olvido es la extraña sensación mientras golpeaba al caballero, de que mi cuerpo no me pertenecía, que no podría ya nunca más parar de darle con el mazo en la cabeza. ¿Le importaría eso a quienes me juzgarían? ¿Querrían saber quién soy, cómo he vivido? ¿O sería un único acto, el que me parece más ajeno a mi naturaleza., el que daría cuenta de mi vida?

Llegamos a la fortaleza donde están los calabozos, demasiado pronto. Una carreta es jalada por un hombre casi sin fuerzas. Su carga sólo aparece como una sombra, pero sé que es un cadáver. Un niño con una larga túnica rosada corre a la par, con un rostro que no podré ya nunca borrar. Temo que me separen de mi madre. Aun cuando lo disimulo, el miedo me carcome las entrañas.

Al llegar, nos hacen descender con el mismo trato grosero que según los guardias merecemos. Nos conducen a empujones por largos laberintos oscuros. Abren una pequeña celda envuelta en las tinieblas y, para mi gran alivio, nos permiten estar juntos. Los calabozos están llenos.

Pasan varios días ¿o sería una larga noche? Sin más luz que la de una leve antorcha que llena de humo el pasillo, perdemos noción de si amanece o anochece. Me siento sumergido en un tiempo interminable que no se puede partir en pequeños tiempos como en la vida cotidiana. El tiempo de dormir, el tiempo de levantarse, de salir al campo, de comer... Este largo tiempo, este tiempo infinito es una condena anticipada.

Algunas cosas nos distraen: las ratas que corren y de las cuales tenemos que cuidarnos, pues el horror sucedido en Rennes hace unos años no permite olvido. La peste de bubas fue horrenda. Los letrados dijeron que la ocasionó una infestación de ratas. Los clérigos los persiguieron por herejes. Ningún mal llega a la tierra si no es por la mano justiciera del Todopoderoso.

Un estudiante perseguido se refugió en nuestra casa. Techo y comida a cambio de que me enseñara algunas letras. Estuvo dos años y medio. Me educó en más de una cosa. Contaba

historias muy divertidas sobre la vida de dos gigantes: Gargantúa y Pantagruel. Era su gran obra, decía siempre, aunque también su gran mal, pues a causa de ellas vivía errante y perseguido.

Tuvo que huir cuando los nobles asaltaron nuestra casa. Se llevaron a mi padre a la fuerza para la guerra de las Cien Rosas. Los soldados infames del marqués de Rouen ultrajaron a mi madre y quemaron nuestra casa. Desde entonces, vivimos como podemos en la choza que en tiempos mejores abrigaba a las vacas. Sufrimos en silencio, sin saber nada del destino de mi padre.

Los comentarios de los guardias hablan de una sola cosa: una banda de delincuentes fue capturada. Asaltaban en los caminos a las caravanas de comerciantes. Su condena será perder la mano derecha. La marca que señala a los ladrones.

Cuando llega el día del juicio me siento menos preparado que nunca. La larga estancia en el calabozo me ha carcomido la cabeza y me ha entumecido la lengua, las dos únicas armas con las que cuento para salvar el pellejo.

Los acusados llenan la sala. Mi madre y yo nos sentamos al lado de los otros miserables que esperan justicia. Las trompetas resuenan para anunciar la entrada del magistrado que ha de juzgarnos, un doctor de la ley.

Para sorpresa nuestra, se trata de una mujer: alta señora de rostro anguloso, con mirada de fuego. Le colocan la corona dorada, pues todos deben saber que actúa en nombre del rey y por tanto, con beneplácito divino. También le entregan la espada, símbolo de la ley.

Antes que el nuestro, se ventilan casos menos graves: comerciantes que alteran medidas, inquilinos que se quejan contra los dueños de casa, deudas no honradas.

Me estremezco cuando llaman por su nombre a mi madre. Ella será sentenciada antes que yo. Un auxiliar del tribunal lee en voz alta el crimen del cual se le acusa: encubrir a un criminal que resulto ser yo, su hijo.

Con la voz quebrada por el llanto, trata de explicar, pero sus palabras son confusas y su pensamiento no logra armar una sola razón con fundamento. Tiemblo por ella.

La jueza, la mira con abulia y luego de una pausa declara:

—Es la madre, su crimen es de humana naturaleza. Cincuenta azotes bastarán para ejemplo del populacho.

La condena parece magnánima, pero cincuenta azotes son suficientes para quebrantar a un hombre fornido. Tengo náusea.

A continuación es mi turno. Empiezo con mal pie, pues al verme la señora exclama:

—Vaya, vaya... tenía curiosidad por conocer al mozuelo capaz de darle semejante muerte al joven conde de Tourbelle. ¿Puedes dar razón de tan grave acción?

Me siento traspasado por sus ojos y emito un balbuceo que nadie puede entender.

—No te escucho. Ésta es la única oportunidad que tienes de defenderte. Úsala, la espada de la ley puede cortarte el cuello.

Reuniendo toda mi voluntad digo con claridad y muy recio:

—Él cortó una flor del jardín de mi madre. Un murmullo recorre la sala. La magistrada me mira con mirada perpleja que parece poner fin a su largo aburrimiento.

—¿Por un acto tan sencillo terminaste con la vida de un noble señor?

—Señora magistrada, le ruego disculpas, no hay sobre la faz de esta tierra un sólo acto humano que sea sencillo, al menos esa fue la enseñanza de maese Rabelais quien tuvo a bien tutelar la poca enseñanza que tengo, y él, a su vez, lo supo por boca de los filósofos, concedores del alma de los hombres.

—Ah... me desafías con el conocimiento de los filósofos ... deberías saber que la única sabiduría libre de mancha es la sagrada palabra de Dios, según la conocemos por boca de nuestra madre Iglesia. Los filósofos serán condenados al fuego de la Santa Inquisición, si no cuidan sus lenguas. Contesta a mi pregunta, que estamos para hacer pronta justicia.

—Como os decía ... el señor de Tourbelle cortó una flor del jardín de mi madre. Entró a nuestra casa, pisoteó el jardín, cortó la flor sin pedir permiso ... cuando vi la mirada de mi madre, una incontenible rabia me empujó a golpear al noble, hasta que quedó inmóvil.

—¿Una simple flor fue entonces la razón de tu crimen?

El joven calla y piensa.

—No... fue otra cosa muy vieja. Un nudo en el pecho que vengo cargando desde el nacimiento. Desde niño vi a mi pueblo sufrir. Llegó el tiempo en que aquel sufrimiento que nos parecía ajeno, nos tocó vivirlo de cerca. Mi padre, al igual que muchos otros, fue arrastrado a la guerra por el marqués de Rouen. Nunca lo volvimos a ver. Ante mis ojos, deshonraron a mi madre. Quemaron nuestra casa y los cultivos. De esos hechos horribles hará unos años. Nos habían dejado en paz para vivir, simplemente, en medio de nuestra miseria. No pedíamos más. Eso, hasta el día en que el señor Tourbelle puso de nuevo pie sobre nuestro pequeño pedazo de tierra. Su rostro era el rostro de todos los que lo antecedieron. Ante tantas penalidades y luego de haber recibido el privilegio de permanecer vivo, juré defender nuestra casa. Soy un hombre de paz. Mi acto, no fue un acto vicioso. Fue un acto de justicia.

—¿No sabes, joven necio, que la justicia no está en manos de los hombres? La justicia corresponde, por mandato divino, al rey.

—El rey no le hace justicia a los pobres o a los simples.

—No tendrás la osadía de pretender alterar el orden natural de las cosas. La ley la pronuncia quien ostenta el poder. Es así por divino mandato.

—Perdone, señora, pero no creo que el divino mandato o el orden natural de las cosas niegue a los simples o a los pobres el derecho a la vida o la paz. Triste sería nuestra existencia si el abuso

sobre nuestra humana naturaleza, por parte de los poderosos, no provocara en nuestro ánimo una justa ira.

—No permitiré que tu insolencia perturbe esta sala. Una palabra más fuera de tono y saldrás por la puerta que lleva al cadalso.

—Imploro misericordia.

En ese momento preciso, uno de los sabios del reino se acerca al oído de la magistrada. Ella lo escucha con entera atención.

—¿Eres hijo de Pierre Lafourchette?, me pregunta y siento cómo un frío sudor me recorre la espalda. Es el nombre de mi padre saliendo de sus labios.

Sí, respondo con una ansiedad que me carcome los huesos.

—Ese hombre cobarde se negó a pelear contra los enemigos del marqués de Rouen, alegando como tú, ser un hombre de paz. No hay condena de muerte para los cobardes. Su destino es la cadena perpetua, es decir, pena de cárcel hasta que la mazmorra coma sus huesos.

Por un momento la magistrada calló y pensé en mi padre. Estaba vivo. Durante tanto tiempo lo habíamos llorado, dando por cierta su muerte.

Cuando ella volvió a hablar, lo hizo en el tono más grave:

—Eres menor. La ley permite que los padres carguen con las penas de los hijos mozos, si éstos manifiestan no ser responsables de sus propios actos. Calló por un momento. Cuando volvió a hablar, sus solemnes palabras parecían ser pronunciadas por el mismo Dios:

—La gracia del rey te permite declarar que no fuiste responsable de tus actos debido a tu mocedad y falta de criterio. Tu padre cargará con la culpa por tus acciones y será ejecutado. En nombre del rey demando que contestes: ¿Fuiste responsable de la muerte del señor de Tourbelle, o apelas a la misericordia por virtud de tu mocedad?

Un peso mayor que el de la espada sobre mi cabeza, cayó sobre mi conciencia. Tenía absoluto poder de decidir. El pavor de la ejecución me dominaba. Me parecía insoportable pensar que me cortaran la cabeza. La voz de la cobardía hablaba: tu padre ya está condenado... la cadena perpetua en una mazmorra no puede ser mejor que la muerte. Eres joven... tienes derecho a la vida. Toma la oportunidad que viene de la propia boca de Dios.

La náusea se apoderó de mi cuerpo y me obligó a vomitar una bilis amarga en medio del recinto, rompiendo con mis arcadas el silencio de la sala. Este humano acto no pareció del agrado de la señora magistrada quien, con asco, tapó de inmediato sus narinas con un delicado pañuelo.

Por encima del ruido abrumador que clamaba desde mis entrañas, una voz clara y distinta me recordó que no existe nada más importante en este mundo de dudoso valor que un hombre de elevada conciencia. Trasladar la responsabilidad de mis actos a las espaldas de mi padre me condenaría a algo peor que la muerte.

A pesar del sudor que bañaba todo mi cuerpo y del temblor que sacudía mi carne, respondí con la voz más clara y audible que alguna vez rompió el silencio de aquella triste sala:

-Mi maestro me enseñó que soy hombre hecho a la semejanza de Dios. Aprendí que ello exige que eleve mi conciencia. Soy responsable de mis actos y si la ley de los hombres reclama mi vida como pago por mis deudas terrenas, estoy presto. Pido que mi ejecución se realice sin dilaciones.

-Entonces, dijo la magistrada, sea tu voluntad: te condeno a la pena de muerte. El verdugo cortará tu cabeza tal y como lo manda la ley. Pero antes, deberás responder ante este Tribunal de Justicia: ¿Te arrepientes de tus actos para salvación de tu alma?

-*Fais ce que voudras*, respondí con entera convicción.

-¿Qué dices?, no entiendo tu jerigonza.

-Son las palabras del ser más sabio que conocí. Invitan a todo hombre que se precie de serlo a confiar en su naturaleza y su arbitrio. Conozco mejor que ninguno en esta corte las razones del acto por el cual he sido condenado. La justicia divina está inscrita en mi corazón antes que en los libros de la ley. No he de arrepentirme de nada que haya hecho bajo el impulso de sus deseos, pues allí no ejerce su dominio el rey.

Al terminar de pronunciar esas palabras, los guardias se abalanzaron sobre mí y a empellones me lanzaron hacia la puerta.